



ESCUELA DE CARIDAD

(16 de Febrero de 2013)

p. Antonio: Pedimos al Señor en este tiempo de Cuaresma de poder aprender este amor, esta caridad, con el que nos ha amado. *Padre Nuestro*

En la *Escuela de Caridad* del 12 de enero, hablé de la relación que hay entre esperanza y caridad, retomando el recorrido del Evangelio de los discípulos de Emaús, y a partir del texto, y de las cosas que habéis vivido en la *Casa de San Antonio*: ¿qué es lo que hemos vivido en este mes? ¿qué es lo que hemos entendido? Podéis también hacer preguntas sobre el texto.

Intervención: Yo voy a contar algo que me ha ocurrido con una persona, que es justo lo que nos decías: *en este choque que tenemos entre la esperanza que poseemos – que se viene abajo – y la esperanza que se nos propone – que es siempre una Presencia concreta en la vida: Cristo que está presente en la comunidad.* Se trata de una chica que tenía un problema de separación con su pareja, y como yo estudié derecho, estuve hablando con ella. Pero llegó un momento en que no podíamos hacer nada, porque la ley es lo que marca y puede parecer justa o no, pero no puedes hacer nada. Entonces yo vi unas cuestiones con ella, y le mandé un mensaje diciéndole: *No podemos hacer nada, esto es lo que hay, es injusto para ti esto que está ocurriendo, pero es lo legal, pero hay que tener confianza: Dios nunca nos abandona,* y ella me respondió: *Gracias, amén.* Y esto me hizo pensar. Yo intentaba solucionar el problema, y no pude resolverlo legalmente; pero con lo que le puse en el mensaje le estaba ofreciendo algo más que la solución del problema, y ella con ese *gracias* había entendido lo que yo quería decirle: que yo estaba dispuesta acompañarla aunque el problema seguía estando ahí, que había algo que nos sostenía. Me di cuenta que es cierto que las personas buscan más, y que nosotros debemos estar delante de ellos, como nos decía el Papa Benedicto XVI: *Queridos amigos, nunca os olvidéis que el primer acto de amor que podéis hacer hacia el prójimo es el de compartir la fuente de nuestra esperanza, quien no da a Dios, da muy poco.* No podemos conformarnos por menos de esto.

Intervención: En esta ocasión quiero contar algo bonito, porque siempre cuento cosas feas. Este mes ha sido muy duro, porque han pasado cosas muy dolorosas, pero a mí ¿qué es lo que me ha rescatado este mes? Otro de los zarandeos que Dios me da... Una amiga me puso en contacto con una amiga de su hija que tenía problemas, una chica de 20 años con una vida durísima, con una propuesta de entrar a la casa de acogida para mujeres en situación de calle. Ella vino a hablar conmigo y entró al despacho con una idea, y en un momento de la conversación se puso a llorar y me dijo que no quería dar pena.



Estuvimos hablando mucho tiempo, terminó abrazándome y se marchó. A los pocos días la llamo porque hay una oferta de trabajo, pero no hubo posibilidad; ella seguía con sus amigos y se le propuso entrar en la casa de acogida a la semana siguiente. A los pocos minutos me llama y me dice que tiene una oferta de trabajo en una pastelería, y que en principio lo dejamos. A la semana siguiente viene a verme para darme un abrazo y las gracias: había encontrado trabajo y estaba muy contenta. Y me ha sorprendido que venga a darme las gracias, pero me sorprendió más la hija de mi amiga, que la acompañaba, porque tenía los ojos que se le salían de la órbitas. Sin tú pretender nada, Dios actúa, y hace que esa chica llegue a la Iglesia y vea la caridad.

p. Antonio: Hay algo que me preocupa mucho, que percibo en este tiempo, sobre la *Casa de San Antonio* y sobre todo lo que hacemos. No podemos bajar la tensión sobre el hecho de que todo lo que hacemos es para educarnos nosotros y no hay que dar por descontado que esto sea así. Y esto vale para todas las cosas que hacemos: catequesis, jóvenes, Reparto de Alimentos, Scholè... etc. No hay que dar por descontado que lo que hago es para mí, porque es muy fácil entrar en un mecanismo. Un mecanismo que está conectado con lo que hemos dicho en la *Escuela de Caridad*. Uno tiene sus proyectos – como decíais antes – sus deseos de un éxito que tiene que cumplirse, uno tiene su idea de cómo hay que solucionar el problema. Y, como habéis dicho, cuando el problema no se puede solucionar ¿qué hago? Sin embargo, el otro se da cuenta de que tú estás proponiendo otra cosa; *Dios nunca te abandona* – habéis dicho – y la otra persona percibe – y no porque tú lo dices y ya está – sino por la forma que tienes de cuidarla. Podría decirte: “Esta es una frase”, sin embargo percibe que es verdad, porque se da cuenta que tú estás dispuesto a acompañarla, tú estás allí: Dios no te abandona porque tú no la abandonas. Tú quieres compartir la vida y no sólo una teología o una doctrina. Pero este modo de trabajar reduciendo todo lo que haces a algo funcional, a algo que tiene que salir bien, a algo que tiene que cuadrar, es un riesgo.

Desde el principio hemos hecho una elección muy importante: empezar la *Casa de San Antonio* para educarnos nosotros. Al inicio no lo teníamos claro pero después, a través de los hechos...

En la primera cena que tuvimos, las reacciones de todos indicaron que la razón tenía que ser ésta: no solucionar los problemas del barrio, sino educarnos nosotros porque es una necesidad que tenemos. Y además, ésta tiene que ser nuestra verdadera esperanza a la hora de llevar este trabajo. Y hay que vigilar. Nuestro problema principal no puede ser que cuadren las cuentas, que todo vaya bien, es decir, que tengamos dinero y voluntarios para sobrevivir, gente que trabaja y gente que se deje acompañar. Todo esto es importante, pero lo más importante es nuestra educación. Y habrá momentos en los que tendremos que elegir.



La beata Teresa de Calcuta – no sé si habéis visto la película – tuvo que hacer una elección “cortante” en este sentido. En EE.UU. habían empezado un *fundraising* (una búsqueda de fondos implicando a profesionales) para ayudar a su obra y la Congregación, y la Madre Teresa les dijo que no quería tener nada a que ver con esta modalidad, prefería – aunque pareciese más complicado – seguir viviendo libre, pero con responsabilidad dentro de una estructura humana. Así nosotros, puede que lleguen momentos en los que tenemos que elegir, y habrá que elegir lo que nos educa.

Por ejemplo: no hay ningún voluntario para hacer eso que hemos pensado o que tenemos que hacer, pues... ¡no se hace! Después nos ayudaremos en un juicio del porqué nadie ha ido, pero sin tener ninguna pretensión. Lo que queremos vivir es lo contrario de la pretensión.

Siempre corremos el riesgo de que fracase todo, de que todo se venga abajo, porque somos pecadores y porque casi nunca hacemos lo que tenemos que hacer, pero, para garantizar que haya cosas que hacer y que salgan, no podemos pensar mantenerlas con una estructura.

Esta es una preocupación que yo tengo. Hay que volver siempre aquí, porque es el origen de toda la obra: no dar por descontado que lo que hacemos es para educarnos, no dar por descontado que ya lo sabemos que es para educarnos, y que hacemos cualquier cosa para educarnos.

Cuando vino el padre Attanasio a hablarnos, recuerdo que nos dijo esto: no hay que dar por descontado que la *Casa de San Antonio* existe para educarnos, porque, en las obras de caridad, es muy fácil perder el origen y llegar a pensar que para mantenernos en pie basta con seguir adelante. Ayudémonos en esto.

Lo que decíais antes nos enseña esto: ¿cuál es nuestra esperanza a la hora de compartir? Las personas a las que ayudamos siempre tienen otra esperanza que no es la correcta, que se viene abajo, que es una ilusión, y esto me enseña a mí que yo también puede que no tenga la esperanza correcta. Así, lo que nos ha dicho el Papa en el *Mensaje para la Cuaresma*¹ puede ser muy útil, porque intenta hacernos ver que la fe y la caridad van juntas.

Todo lo que vivimos sirve para educarnos a lo que Cristo hace con nosotros pero, en la Iglesia y también en la sociedad – sobre todo en la forma que tiene de mirar a la Iglesia – se separa muchísimo esta relación que hay entre la fe y la caridad, y se intenta reducir las dos cosas: la fe al sentimiento que tiene la gente que va a la Iglesia y que no pinta nada con las “cosas” de la vida, que es sólo algo íntimo y bueno de cada uno y la caridad a algo útil socialmente y ya está (aunque los peores críticos dicen que deberían hacerlo los políticos y no la gente común...).

¹ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma* 2013.



Y el Papa dice: *En mi primera Encíclica expuse ya algunos elementos para comprender el estrecho vínculo entre estas dos virtudes teologales, la fe y la caridad. Partiendo de la afirmación fundamental del apóstol Juan: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él», recordaba que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva... Y puesto que es Dios quien nos ha amado primero, ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro».* Si tenemos fe es porque hemos hecho la experiencia de un amor, porque nos hemos encontrado con alguien, no porque nos han dado una catequesis o una doctrina, sino porque hemos percibido – como la señora de la que hablabais – que hay alguien que quiere acompañarnos en la vida hacia nuestro destino, y la experiencia de este amor es tan grande que la queremos comunicar.

La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su hijo, todo esto nos lleva a comprender que la principal actitud de los cristianos, es el amor, fundado en la fe y plasmado por ella. La caridad es el método del acontecimiento cristiano, es el método del encuentro. Es a través de la caridad como hay que proponer la fe a los demás, porque no hay anuncio de la fe si no hay una propuesta de la caridad, una propuesta de compartir la vida.

Toda la vida cristiana consiste en responder al amor de Dios. La primera respuesta es precisamente la fe, acoger llenos de estupor y gratitud una inaudita iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el «sí» de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor, que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido. Sin embargo, Dios no se contenta con que nosotros aceptemos su amor gratuito. No se limita a amarnos, quiere atraernos hacia sí, transformarnos de un modo tan profundo que podamos decir con san Pablo: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Cuando dejamos espacio al amor de Dios, nos hace semejantes a él, partícipes de su misma caridad. La fe es conocer la verdad y adherirse a ella; la caridad es «caminar» en la verdad. Con la fe se entra en la amistad con el Señor; con la caridad se vive y se cultiva esta amistad.

Concretamente para nosotros significa que no podemos vivir nada de lo que hacemos a nivel de ayuda a otras personas, sin que lo que hacemos no responda a esta pregunta: ¿Qué he entendido más sobre Cristo y sobre mí mismo en lo que hago? Y con esta persona que ayudo, ¿qué he entendido sobre Cristo y sobre mí mismo? Porque nos suceden cosas grandes – lo habéis contado – y puede ser fácil decir: ¡Qué bonito! Veo que esa persona ha entendido algo, la otra ha empezado a caminar... sin embargo, la pregunta sigue allí: ¿Qué he entendido yo en esto que ha pasado sobre Cristo y sobre mí?



Si no damos este paso podremos seguir contando muchas cosas bonitas, pero sin que esto sea educación para nosotros. ¿Por qué dar el paso? Porque lo que damos por descontado es la razón por la que hemos empezado esta obra de caridad.

El lazo indisoluble entre la fe y la caridad, a la luz de cuanto hemos dicho, resulta claro que nunca podemos separar, o incluso oponer, fe y caridad. Fijaos, este análisis del Papa es “impresionante”, porque estamos rodeados por estas dos formas reducidas de ver fe y caridad en la realidad y es posible que nosotros también estemos empapados de esta mentalidad.

Dice el Papa: *Estas dos virtudes teologales están íntimamente unidas por lo que es equivocado ver en ellas un contraste o una «dialéctica». Por un lado, en efecto, representa una limitación la actitud de quien hace fuerte hincapié en la prioridad y el carácter decisivo de la fe, subestimando y casi despreciando las obras concretas de caridad y reduciéndolas a un humanitarismo genérico.*

Por ejemplo, la gente dice: “Yo voy a la Iglesia, a las catequesis, a los encuentros culturales, a la Hora santa, pero la cosas de caridad... ¡qué los hagan aquellos a los que les toca, que tienen una sensibilidad! ¡Lo más importante es evangelizar!”. Es una frase verdadera en sí misma, el problema es qué significa para quien la dice. Evangelizar sin caridad: uno va a la calle a gritar que Cristo salva.

Por otro, sin embargo, también es limitado sostener una supremacía exagerada de la caridad y de su laboriosidad, pensando que las obras puedan sustituir a la fe. Para una vida espiritual sana es necesario rehuir tanto el fideísmo como el activismo moralista.

Yo soluciono problemas, y hago cosas, y tengo en pie “el tinglado” que hay aquí, y permito que no se vengan abajo las estructuras... y ¿después qué?

Cuidado, porque esto pasa también en el día a día... como mi madre que, cuando tiene un problema, pone la lavadora... que, en el fondo, es una forma para no pensar en el problema. Ponerse a “hacer algo” es normal y humano, mejor: ayuda bastante – porque el trabajo manual que te cansa te quita mucha depresión –, pero no soluciona el problema. Y además tiene un riesgo: si hago muchas más cosas, cuanta más cosas hago tanto más me parece que el problema desaparece. Al contrario, es el verdadero problema: la salvación no está en lo que haces tú, sino en reconocer una Presencia que se hace manifiesta a través de lo que hacemos, pero sobre todo de lo que pasa, de lo que hay.

En la Iglesia, contemplación y acción, simbolizadas de alguna manera por las figuras evangélicas de las hermanas Marta y María, deben coexistir e integrarse. La prioridad corresponde siempre a la relación con Dios y el verdadero compartir evangélico debe estar arraigado en la fe. A veces, de hecho, se tiene la tendencia a reducir el término «caridad» a la solidaridad o a la simple ayuda humanitaria.

Esto es terrible y en la Iglesia hay mucho de esto.



Cada vez que vamos a las reuniones con los “profesionales de la caridad”, tenemos que “luchar” todas las veces una hora y media para hacerles entender que nosotros hacemos lo que hacemos para educarnos, no para solucionar el problema a la gente, porque si es por solucionar el problema, ni empezamos. Porque todas las personas tienen por lo menos un problema fundamental que sólo Dios puede solucionar. Éste es el punto.

Antes habéis dicho de esa chica que decía: “Yo no quiero dar pena”. ¡Qué bonita esta expresión! porque todos, si somos realistas con nosotros mismos, tenemos momentos en la vida, delante de nuestro propio mal, que tendríamos que reconocer que todos damos pena, ¡todos! Entonces, el problema no es no querer dar pena, sino reconocer que todos damos pena y que necesitamos a Alguien que nos quiera como somos.

En cambio, es importante recordar que la mayor obra de caridad es precisamente la evangelización, es decir, el «servicio de la Palabra». Ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio – pero me gusta más esta expresión que usa ahora – introducirlo en la relación con Dios.

Nosotros, al contrario, no queremos introducirle a la relación con Dios, le queremos llevar al Paraíso ya, pero esto será obra de Dios. ¿Dónde fallamos? ¿Dónde pecamos? Le decimos a la gente de forma explícita nuestros juicios definitivos y definitivos, pero no les acompañamos.

El Evangelio de hoy decía que *Jesús vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió* (Mt 9,9). Y nosotros, como hemos oído este Evangelio muchas veces, nos parece normal. Pasa Jesús y Mateo se levanta, se levanta con prontitud. Pero ¿por qué si era de los más pecadores? Mateo le invita a su casa y le ofrece un banquete donde estaban otros publicanos como él y otros pecadores como él. ¿Por qué se levantan así? Alguno dicen porque conocía a Jesús – es posible –, pero el Evangelio no lo dice tan claro... Porque Mateo llevaba toda su vida esperando este momento. Esto sí que lo tenía claro. Mateo llevaba toda su vida con una revolución dentro, tenía de todo: dinero, una casa, ofreció un banquete para unas cincuenta personas... pero no estaba conforme. Y esta intranquilidad que tenía por dentro era su espera verdadera. Tenía todo pero no tenía a Dios. ¿Reconoció desde el primer momento que Jesús era el Hijo de Dios? Seguro que no, pero tenía curiosidad y Jesús le dijo: “Sígueme”, es decir le ha hecho una propuesta. Jesús no le ha dicho: “Oye, Yo soy la segunda persona de la Santísima Trinidad, escucha bien: la Trinidad está hecha... tú tienes que creer esto, esto y esto”. Le ha dicho: “¡Venite conmigo!” que se puede traducir con las otras palabras del Evangelio: *venid y veréis*. Ven y averigua tú, sígueme. ¿Cuánta gente hay en el mundo con esta intranquilidad?



¿Y cuántas veces nuestros juicios reducen al “enemigo” – al que quiere mal a la Iglesia, al que pinta los muros...– con alguien con el que no se puede hablar? Bueno, esto habrá que comprobarlo!

Yo también siento odio todos los días a las seis de la tarde cuando “estos” pitan todos los días! delante del Centro de Salud, pero al final lo que me sale es rezar un *Gloria* para que se conviertan y encuentren en la vida algo más interesante. *Ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo. Como escribe el siervo de Dios el Papa Pablo VI, el anuncio de Cristo el primer y principal factor de desarrollo.*

Algunos hombres de nuestra casa de acogida no saben quién es Jesucristo, todavía no lo han entendido, si no estarían bien: están donde están porque le falta disfrutar esta alegría. Y lo digo de verdad, porque yo estoy bien por esto. Pero esto no solo vale para ellos, sino para cada uno de nosotros. Es lo que dice el Papa Pablo VI: *principal factor de desarrollo*, algo que te abre el corazón, que te hace mirar la realidad de forma positiva. Normalmente la realidad es “dolorosa”, y no es positiva porque va como yo pienso: todos me dan cariño, me dan dinero, se cumplen mis proyectos... qué cada uno ponga lo que quiere... La realidad es positiva porque está una Presencia que te acompaña. Porque si no, como Mateo, puedes tener dinero y no tener lo que más importa.

La verdad originaria del amor de Dios por nosotros, vivida y anunciada, abre nuestra existencia a aceptar este amor haciendo posible el desarrollo integral de la humanidad y de cada hombre. En definitiva, todo parte del amor y tiende al amor. Conocemos el amor gratuito de Dios mediante el anuncio del Evangelio. Si lo acogemos con fe, recibimos el primer contacto – indispensable – con lo divino, capaz de hacernos «enamorar del Amor», para después vivir y crecer en este Amor y comunicarlo con alegría a los demás.

La Cuaresma, con las tradicionales indicaciones para la vida cristiana, nos invita precisamente a alimentar la fe a través de una escucha más atenta y prolongada de la Palabra de Dios y la participación en los sacramentos y, al mismo tiempo, a crecer en la caridad.

Para crecer en la caridad – y lo digo no porque soy el padre “espiritual” de la obra: viene el cura y dice la palabrita “espiritual”. A mí no me importa eso, pero me lo pregunto porque yo fatigo en esto – para crecer en la caridad, me pregunto: ¿cómo se puede llevar una carga tan grande de cosas que hacemos y no ir a misa todos los días? No lo digo como obligación, porque si uno trabaja, a lo mejor le es imposible, pero, estos problemas con los que nos enfrentamos, o lo llevamos a Aquel que puede solucionarlos o, si no, nos los quedamos para nosotros. Y las cruces que tú te pones encima si no son de Cristo, se te quedan encima a ti y, con el pasar del tiempo, te hunden más.



Como dice el Papa: la contemplación y la acción van juntas. O, lo que es lo mismo, hago lo que hago para conocer a Cristo y conocerme a mí. Hay una adoración al comenzar el día. La adoración es el acto de amor. Como el hombre que dice a su mujer: “Te adoro”, lo mismo se le dice a Dios: “Yo te adoro” cuando empieza el día así, después, uno vive todo lo que vive, para conocer el Objeto de su adoración. Por eso, que el pobre es Cristo no lo sé antes, lo tengo que descubrir cada vez; que mi vecino es Cristo, que mi mujer es Cristo; que mis compañeros son Cristo para mí... no lo puedo saber antes, porque si no, no lo vuelvo a descubrir, lo tengo que descubrir todas las veces, porque si es Cristo, querrá decirme algo diferente de lo que ya sé, ¿o no?.

La fe, don y respuesta, nos da a conocer la verdad de Cristo como Amor encarnado y crucificado, adhesión plena y perfecta a la voluntad del Padre e infinita misericordia divina para con el prójimo; la fe graba en el corazón y la mente la firme convicción de que precisamente este Amor es la única realidad que vence el mal y la muerte. La fe nos invita a mirar hacia el futuro con la virtud de la esperanza, esperando confiadamente que la victoria del amor de Cristo alcance su plenitud. Por su parte, la caridad nos hace entrar en el amor de Dios que se manifiesta en Cristo – nos hace tener la experiencia de este amor –, nos hace adherir de modo personal y existencial a la entrega total y sin reservas de Jesús al Padre y a sus hermanos. Infundiendo en nosotros la caridad, el Espíritu Santo nos hace partícipes de la abnegación propia de Jesús: filial para con Dios y fraterna para con todo hombre.

La relación entre estas dos virtudes es análoga a la que existe entre dos sacramentos fundamentales de la Iglesia: el bautismo y la Eucaristía. El bautismo (sacramentum fidei) – sacramento de la fe – precede a la Eucaristía (sacramentum caritatis) – sacramento de la caridad –, pero está orientado a ella, que constituye la plenitud del camino cristiano. Análogamente, la fe precede a la caridad, pero se revela genuina sólo si culmina en ella. Todo parte de la humilde aceptación de la fe («saber que Dios nos ama»), pero debe llegar a la verdad de la caridad («saber amar a Dios y al prójimo»), que permanece para siempre, como cumplimiento de todas las virtudes.

Quedémonos con esta pregunta en lo que tenemos que vivir en este tiempo de Cuaresma, en la catequesis... en todas las cosas de la parroquia: ¿qué entiendo más de Cristo y de mí mismo en esto que estoy haciendo, mientras lo estoy haciendo?